NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS

THESIS

1

- Federico Patán
- Leopoldo Zea
- Juliana González
- Edmundo O'Gorman
- Abelardo Villegas
- Sergio Fernández
- Carlos Bosch García
- Eduardo Nicol

Abril / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año I, Número 1
abril / 1979

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

***Rector*: Dr. Guillermo Soberón Acevedo**
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrando Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS

***Director*: Abelardo Villegas.**
***Editor*: José Antonio Matesanz.**
***Consejo de Redacción*: José Pascual Buxó, Juliana González, José Antonio Matesanz**

***Secretaria de Redacción*: Elsa Cross.**

INDICE

Presentación 5

***La Tradición Presente.* EDMUNDO O'GORMAN:**
Sobre la naturaleza bestial del indio americano. 7

EDUARDO NICOL:
El filósofo, artífice de la palabra 21

LEOPOLDO ZEA:
Crisis del sentido de la historia occidental 24

SERGIO FERNANDEZ:
El neófito y el monstruo 31

CARLOS BOSCH GARCIA:
México frente al mar 33

JULIANA GONZALEZ:
Spinoza y la libertad 40 ***Anatema a Spinoza*** 51

FEDERICO PATAN:
La ciencia ficción mira al futuro 52

ABELARDO VILLEGAS:
La ideología política de Octavio Paz 58

Notas y Reseñas: 65

María Andueza sobre *Ungaretti y Góngora*, de José Pascual Buxó 66

Roberto Heredia Correa, sobre las *Elegías de Tibulo* 72

Gustavo Escobar sobre *Cultura y política en América Latina*, de Abelardo Villegas. 75

LEOPOLDO ZEA

Crisis del sentido de la historia occidental

Se viene hablando, con insistencia, de crisis. Crisis en todas las expresiones del hombre, por ende en todo lo que él hace y ha hecho, y el sentido que tiene este hacer. Crisis por ende, del sentido de la historia. De una historia que venia descansando sobre la teoría de un progreso infinito y, de acuerdo con ella del paso de la barbarie a la civilización. Civilización de la que se presentaban como promotores los pueblos autores de la historia, al menos de la historia objeto de esta interpretación. La historia propia del hombre que parecía destinado a actuar como su motor. El progreso, que se creía infinito, se encuentra ahora limitado. Limitado a un conjunto de pueblos que encuentran que el mismo, de continuarse y emplearse, podría ser fatal para la civilización. Se habla por esto, de los límites del crecimiento, es decir, de los límites de un progreso que se perfilaba como el futuro de todos los pueblos y hombres. La civilización no puede ser ya la panacea de todos los pueblos y hombres, no puede ser ya el futuro de toda la humanidad. La historia como progreso debe detenerse pues son ya más los males que acarrea que los bienes que origina. La civilización como meta infinita del progreso sólo ha dado origen a demandas que no pueden ni deben ser satisfechas; y no pueden porque la satisfacción plena de las mismas sólo conduciria a la humanidad a un colapso fatal.

El mundo llamado occidental, arquetipo y meta de los pueblos que, al sufrir su impacto, se vieron a si mismos como primitivos o anacrónicos, encuentra que las metas por él alcanzadas no pueden ser las de todos esos pueblos y hombres. Considera que ya no es posible un crecimiento mayor del hasta ahora alcanzado. Que se ha llegado ya a los límites del mismo. Que más allá sólo está la catástrofe. La catástrofe que plantea el crecimiento indiscriminado de poblaciones cuyas necesidades por minimas que sean, no pueden ser satisfechas sin rebajar lo alcanzado por los pioneros en la marcha hacia un progreso que parecía ser infinito. La catástrofe, que asoma igualmente, en el desperdicio de los bienes consumidos y que lejos de satisfacer a los hombres contamina su ambiente vital. La civilización al abatir enfermedades está creando un mundo en que las insuficiencias aumentan al aumentar las necesidades que tienen que ser satisfechas. Se tendrán que controlar los nacimientos y con ello disminuir las carencias y evitar demandas que no pueden ser ya satisfechas. Habrá que poner fin a la pretensión del resto de los pueblos de la tierra queriendo hacer de sus naciones, naciones semejantes a las que le sirvieran, hasta ahora, de estímulo y modelo. Habrá que detener la industrialización, que sólo podrá estar al alcance de sus promotores originales, los pueblos de las naciones civilizadas. La civilización, en este sentido no está ya al alcance de todos los pueblos. Será menester un reparto de funciones. Reparto de funciones por la que los pueblos que no alcanzaron la meta de la civilización acepten su ya vieja función de donadores de materias primas y de limitados consumidores de los productos con ellas elaborados. Elaborados por quienes seguirán manteniendo el control de la industrialización. El control de los medios de producción, de la tecnología en una sociedad para la cual la historia como progreso ha alcanzado su culminación y límite. El fin de la historia. Salvo que es una historia que no puede ser vista como el fin del hombre, como el fin de un hombre que, de cualquier forma, seguirá haciendo historia. Fin de la historia del mundo occidental.

Es esta la historia cuyo sentido está en crisis. La historia que puede tener como punto de partida el 12 de octubre de 1492 en que Cristóbal Colón da inicio a la expansión de Europa, del mundo occidental, sobre el resto del planeta. Una historia que se cruza con otras historias haciendo de ellas parte de la historia que se considerará como la historia por excelencia. En este cruzamiento con otras historias, éstas van a ser vistas, de acuerdo con la historia propia del hombre que la hace posible, como el pasado o el futuro de su historia, nunca como el presente, como el pasado cuyo control y sentido mantendrá el hombre occidental. En Hegel, el filósofo de la historia por excelencia, se hará expresa esta concepción al juzgar las viejas culturas asiáticas y su historia como el pasado de la historia, lo que fue de una historia que sigue encarnada en el occidente y no podrá repetirse. Historia cuyo control está en el mundo occidental. A las culturas e historia americanas y africanas como lo que puede llegar a ser esa historia. Lo que puede ser posible gracias a la expansión del mundo occidental sobre esos mundos primitivos. Lo anacrónico y lo primitivo ahora como parte de un gran futuro que el hombre occidental ha de hacer posible. Es el progreso infinito cuyo sentido e historia relata Hegel. Historia abierta a toda la humanidad gracias a las peripecias de una historia destinada a posibilitar la universalización. Precisamente, es esta historia, su sentido, lo que está en crisis.

Crisis que le llega de la presencia y acción de pueblos y hombres que, si bien accedieron con su historia a la historia del mundo occidental, están haciendo de la conciencia de este acceso el punto de partida del sentido de su propia y concreta historia. Una historia múltiple que

no pretende por ello ser la historia por excelencia, sino tan sólo parte de una historia que trasciende a todos pero cuyo sentido tiene un carácter plenamente universalista. Universalista, pero a partir de su concreción. De la concreción de un conjunto de pueblos que, en contacto con el mundo occidental han aprendido y hecho suyos valores que parecían ser exclusivos de sus creadores. Y, a partir de esta concepción el reclamo para acceder sin discriminación a la historia universal, a la historia hecha por todos los hombres y para todos los hombres en una relación que no sea ya la instrumental. Pueblos y hombres que, al hacer suyo el sentido de la historia occidental, han tomado conciencia de su marginalidad dentro de ella y de la deshumanización de que han sido objeto. Han tomado conciencia de los límites del humanismo sostenido por los filósofos de la historia occidental y conciencia, también, de la relación que, dentro de este humanismo, guardan los pueblos y hombres no occidentales. Conciencia que impele a universalizar lo que se ha presentado como universal. Esto es, ver al hombre en algo más que una abstracción; a ver al hombre en sus expresiones concretas, con un determinado modo de ver el mundo; una cultura, una historia y una determinada piel. Al hombre con sus múltiples posibilidades y sus múltiples limitaciones, pero por ello al hombre. Al hombre, como ya lo describía Hegel, luchando por realizar al espíritu como libertad. Pero un espíritu encarnado en todos y cada uno de los hombres de la tierra y por el logro de una libertad que represente el pleno triunfo sobre la necesidad, incluyendo la que ha hecho de hombres, instrumentos de otros hombres. Una libertad que no descanse más en el escamoteo de otras libertades, sino la libertad capaz de encontrarse en otras libertades. En la libertad concreta de todos y cada uno de los hombres. Y hombres, a su vez, concretos natural y culturalmente.

Porque la libertad que se enarboló y cuya culminación quiso encontrar Hegel en la Revolución de Francia de 1789, lejos de abrirse a todos los hombres quedó limitada a un tipo especial de hombres; a los que por su acción en la historia en el logro de esta libertad hubiesen mostrado su capacidad para el goce de la misma. Libertad para los mejores, para los más aptos en una lucha que Darwin mostrará ser propia del reino animal. Libertad por ello, limitada a quienes con las acciones de la historia habían mostrado su capacidad para el uso de la misma, pero extraña, por ello, a pueblos y hombres que, como los occidentales no hubiesen alcanzado esa libertad luchando por ello, como expresión de su propio coraje. Libertad así como expresión de un modo de ser expresado en la acción para su logro. Porque no bastaba la conciencia de la libertad, había que realizarla tal y como ya lo hacía el europeo. El hombre occidental que por la trascendencia de su acción saltaba sus limitaciones geográficas. Engels celebrando la aparición de la obra de Darwin decía, "no sabía qué amarga sátira escribía sobre los hombres, y en especial sobre sus compatriotas, cuando señaló que la libre concurrencia, la lucha por la vida, que los economistas celebran como situación histórica superior, es la condición normal del reino animal". El hombre, pese a sus pretenciones humanistas y libertarias, seguirá inmerso en la prehistoria. La prehistoria en la que el más bruto domina al menos bruto, el más fuerte al más débil. Nada importaba que las armas para este dominio hubiesen cambiado. Nada importa ahora que en lugar de la cachiporra se use la bomba atómica o de neutrones. La meta sigue siendo la misma, el predominio de unos hombres sobre otros, dentro de la propia especie, el predominio de los mejores.

El sentido de la historia se da por el proyecto que se tenga sobre lo que ha de ser el futuro del hombre que hace la historia. El proyecto del hombre occidental se presentó como un proyecto libertario. El hombre debería ser libre del mundo natural, pero también del dominio que unos hombres tienden a imponer a otros hombres. El proyecto expresado en la filosofía de Hegel a partir de la lucha del esclavo para liberarse del amo, del siervo para liberarse del señor. Un esclavo y un siervo que acaban triunfando al mostrar ante todo su capacidad para dominar a la naturaleza mediante la técnica, haciendo de la naturaleza el más eficaz de los esclavos y siervos. Los déspotas y los despotismos son arrojados de la historia, lo cual ha de seguir haciéndose. No pueden existir sino hombres libres que no reconozcan a otro señor que a sí mismos. Era esta preocupación la que daba sentido a la historia de la cual se habrían de derivar dos grandes revoluciones, la Revolución de Independencia de los Estados Unidos en 1776 y la ya citada Revolución de Francia en 1789.

Proyecto libertario que harán suyo otros muchos pueblos a lo largo de la tierra. Las dos revoluciones cundirán como ejemplo en la América Latina a partir del siglo XIX y en Asia y Africa en el siglo XX, al término de las dos grandes guerras. Ser como Francia, Inglaterra o los Estados Unidos; ser libres de las necesidades impuestas por la naturaleza mediante la técnica y al mismo tiempo, libres de la manipulación y dominio de otros hombres: será este el proyecto que se propongan también los pueblos al margen de Occidente. Salvo que las naciones tomadas como arquetipo se opondrán a un proyecto que menoscabe sus intereses, convirtiéndose en obstáculo para el logro de la meta libertaria a nivel planetario. Así los pueblos no occidentales tendrán no sólo que volverse sobre sí mismos enfrentándose a los intereses de sus oligarquías que no querían cambio alguno, tendrán, además, que enfrentarse a las naciones que se les presentaban como modelo. Dado que, paradójicamente, las naciones que se presentan ante el mundo como abanderadas del proyecto libertario se resistirán a la realización de tal proyecto en otros pueblos si tal realización implicaba la limitación de sus encontrados intereses. Intereses que eran como el fruto natural de la realización del proyecto libertario occidental. Los pueblos occidentales eran lo que eran, poderosos, y por ello hegemónicos, porque eran libres. Libertad que no podría ser puesta en entredicho. Libertad que no podría ser objeto de limitación por fuerza alguna, aunque esta fuerza estuviese movida por el mismo afán libertario que había mo-

vido a los occidentales. La libertad no puede ser menoscabada por otra libertad. De acuerdo con esta concepción el mundo occidental pondrá al margen del proyecto libertario al resto de los pueblos de la tierra. Cada libertad, quiérase o no, limita las posibilidades de otras libertades. La libertad de unos hombres limita la de otros y viceversa. De allí que no todos los hombres pudieran ser libres. Libres sólo aquellos que hubiesen alcanzado la libertad luchando por ella. Hombres que no estaban por ella dispuestos a limitar las libertades por ellos alcanzadas, que no se sentían obligados a respetar libertades que limitasen las propias. La libertad de los otros, de aceptarse, tendría que ser una libertad condicionada. Condicionada por el tribunal de los hombres que ya eran libres. Los hombres que con sus acciones han hecho posible esa libertad y que no están dispuestos a permitir que la misma fuese afectada o amenazada. Hombres dispuestos a condenar y castigar toda acción que pudiese poner en peligro las libertades alcanzadas. Disposición expresa en una extraordinaria capacidad para la represión. La represión en nombre de la libertad y para la libertad; la represión en defensa de la misma y para mejor preservarla. Represión que, nueva paradoja, se impondrá a lo largo del planeta sobre los pueblos y hombres que insistían en convertirse en naciones semejantes a las que el proyecto libertario había hecho posibles en el Mundo Occidental. Naciones semejantes a Inglaterra, Francia, los Estados Unidos. Pretensión que será considerada como amenaza para la estabilidad del Mundo Occidental.

Aceptar que el proyecto libertario occidental pudiese ser realizado por la totalidad de los pueblos implicaba aceptar otro proyecto, el proyecto igualitario. Si todos los hombres eran o debían ser libres era aceptar que todos los hombres eran iguales. El proyecto tendiente a asegurar la libertad de todos los hombres conducía al reconocimiento de su igualdad. El proyecto igualitario había sido aceptado teóricamente, junto con el libertario.

Ya Descartes, padre de la Modernidad, había sostenido la igualdad de todos los hombres "por la razón o el ingenio". Y la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, diría, posteriormente, "sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad". La Revolución Francesa, a su vez, ponía al lado de la libertad la igualdad. Se reconocía, en general, que todos los hombres eran por naturaleza iguales, que por ello nacían iguales; el problema sería el mantener esta igualdad al lado de la libertad. El mismo problema que se planteó al primer hombre Adán, según nos lo explicaba San Agustín, el del mantenimiento de la gracia al lado de la libertad. La libertad para poder decidir entre el sostenimiento de esta gracia o su negación. De la misma forma, si bien todos los hombres eran iguales por naturaleza de la libertad dependía el mantenimiento o la disminución de la igualdad. Por ello, por sus acciones, como expresión de la libertad unos hombres acababan siendo distintos de otros. Ya Descartes explicaba que si bien todos los hombres eran iguales por la razón, habían llegado a ser distintos por su biografía, su historia, sus hechos; distinción que si bien no era esencial a la naturaleza del hombre si había dado origen a la desigualdad entre ellos. Era por sus acciones como expresión de la libertad del individuo, que los hombres se distinguían entre sí, se adelantaban o se atrasaban. Vivir era actuar y separarse, diferir, distinguirse entre sí. Distinción originada en el uso de la libertad. Por ello ser libre era elegir, y al elegir el deber era aceptar la responsabilidad de la elección. Tal era la libertad, el proyecto por el cual habían venido luchando los hombres a lo largo de su historia. Dentro de este proyecto, lo igualitario, era sólo un punto de partida, no una meta.

La crisis respecto al sentido de la historia de la que hablamos va a surgir, precisamente, del conflicto que origina el encuentro de estos dos proyectos. Proyectos que si bien deberían ser complementarios, se enfrentan como expresión de intereses encontrados. Intereses cuya conciliación implicaría el menoscabo de los intereses de naciones que han encontrado en el proyecto libertario no sólo la justificación de su libertad en abstracto, sino la libertad para imponer estos intereses a otros intereses, para imponer su libertad a otras libertades. Se habla así de libertad de comercio, libertad de los mares, libertad de contratación para que, dentro de ellas, se beneficien los mejores, esto es, los más aptos. Libertad de la que se originarán formas de poder hegemónico y por ello contrarias a toda expresión igualitaria. Es frente a este proyecto que surge el de pueblos que exigen paridades,

que piden ser incorporados en el orden mundial en otra relación que no sea ya la de dependencia. Piden ser considerados como pares entre pares. Paridad a la que consideran tienen derecho por el aporte de sus riquezas, de materias primas y del trabajo servil de sus hombres para la realización de un mundo cuyos beneficios deberán ser compartidos.

Zbigniew Brzezinski, ideólogo de la llamada Comisión Trilateral y del actual gobierno de los Estados Unidos, al recordar el bicentenario de la independencia de esa nación y de la filosofía libertaria que la animó, hace ver cómo el proyecto libertario, del cual fueran líderes los creadores de esa nación, después de haber sido seguido, emulado, por muchos pueblos a lo largo de la tierra, va siendo abandonado en la actualidad, desplazado por el proyecto igualitario. El proyecto estadounidense no motiva ya a los pueblos al margen del Mundo Occidental, en su lugar esos pueblos están motivados por la URSS, China, Cuba, por el proyecto igualitario que las mismas se han propuesto, por el proyecto socialista. Pero, ¿los pueblos no occidentales han renunciado con esto al proyecto libertario? ¿Han renunciado a hacer suyos los logros de las grandes naciones occidentales? Por supuesto que no. Insisten en ser como esas grandes naciones, también en hacer suyos bienes en cuya realización se consideran participantes. Insisten en ser como Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, como el mundo Occidental. Esta insistencia caracteriza, precisamente el proyecto igualitario, en ser pares entre pares, y en no ser ya más instrumentos. No han abandonado las banderas libertarias, simplemente insisten en hacerlas posibles. En otras palabras, insisten en la más auténtica expresión de la universalización de los bienes de la cultura occidental. A esta universalización se refería el primer ministro de Vietman del Norte, Pham Van Dong, en mensaje enviado al pueblo de los Estados Unidos, al mismo pueblo por el que Vietman estaba siendo agredido: "Las proclamas de independencia de la República Democrática de Vietman y de los Estados Unidos —decía— comienzan por estas famosas palabras: Todos los hombres nacen iguales." Vietnam no se enfrentaba a los Estados Unidos como realizador del proyecto libertario, sino de acuerdo con éste, se enfrentaba a una agresión como antes los Estados Unidos se habían enfrentado al imperialismo inglés. Por ello agrega, "Saludos al gran pueblo norteamericano que, en el pasado, luchó valientemente contra la guerra colonial por defender sus derechos nacionales, dando un ejemplo a todos los pueblos del mundo". Ejemplo, emulación, como expresión del proyecto igualitario que permitiría a todos los hombres ser libres.

Brzezinski destaca, al recordar la Independencia de los Estados Unidos la dificultad de su pueblo en comprender un proyecto que, si bien es semejante al suyo por ello mismo amenaza sus logros, sus intereses. Logros e intereses que se consideró son el resultado de los esfuerzos hechos por ese pueblo para alcanzar una hegemonía que no es sino el necesario instrumento para la defensa de las libertades. Hegemonía, poder, que no pueden permitir que les sean arrebatados por pueblos que por determinadas razones han llegado tarde a la historia; pueblos que no han hecho dentro de ella lo que los Estados Unidos hicieron para llegar a ser la poderosa nación que son. Por ello, "esa búsqueda por un mayor bienestar global —dice Brzezinski— parece significar para muchos norteamericanos una reclamación de sus recursos y un presagio de la confiscación de los frutos de su labor". La riqueza, el bienestar alcanzado se considera es producto de un esfuerzo nacional sin importar cómo haya sido conducido este esfuerzo. El imperio, del que tanto se resisten a hablar los estadounidenses, es el resultado de este esfuerzo. ¿Van entonces a disminuir sus ganancias? ¿Van a entregar logros como el Canal de Panamá? ¿Van a dejar de explotar tierras que sus supuestos dueños han sido incapaces de explotar? ¿Van a echar por la borda las realizaciones de los McKinley y los Roosevelt? Sin embargo es este mismo proyecto igualitario que molesta al pueblo de los Estados Unidos y a los del Mundo Occidental, el proyecto por el que también ha luchado este mismo pueblo dentro de su propia nación para posibilitar de esta forma el proyecto libertario propuesto por los padres de sus naciones. Tal fue —dirá Brzezinski— la lucha contra la esclavitud que dividió a los Estados Unidos, la lucha por la extensión del sufragio, la lucha por la aceptación de millones de inmigrantes, la lucha por los derechos sociales y por el surgimiento de los sindicatos, la lucha por los derechos civiles de los negros y la lucha para reafirmar a la mujer. Ya que la desigualdad social,

económica, política y cultural da a su vez origen a la desigualdad en el uso de la libertad. No es igual la libertad del patrón para contratar trabajo, teniendo en sus manos los medios de producción, que la libertad del trabajador para contratar su única mercanía, el trabajo, carente de esos medios. Igual sucede con los pueblos que pretenden hacer suya la bandera de la autodeterminación si carecen, como sucede, de los instrumentos para defenderla, si carecen de los medios para explotar sus propias riquezas, si carecen de la técnica y la tecnología que les permita hacer para sí mismos con su riqueza y trabajo, lo que están haciendo por otros pueblos

Así, lo que está en crisis, decíamos, es el sentido, ya anacrónico de la historia como progreso infinito; está en crisis la interpretación que de la historia hizo el Mundo Occidental al expanderse sobre el resto del mundo. Expansión que ha hecho de valores a los que consideraba valores exclusivos, valores de la Humanidad como totalidad. Ampliación de valores que ha puesto en crisis su exclusividad expresa como progreso infinito de sus intereses. Progreso que el occidente mismo ha considerado terminado una vez que sus beneficios pueden trascender los intereses de los pueblos que los consideran como exclusivos. Así, el progreso al crecer y al extenderse parece volverse contra sus creadores. La sociedad de consumo acaba consumiendo a sus consumidores. Por ello, habrá entonces que frenar un progreso indiscriminado, limitando su extensión y volumen. Habrá que detener al progreso en el momento en que ya puede ser peligroso. Impidiendo ya su crecimiento, pero manteniendo al mismo tiempo la situación alcanzada. Situación con todas sus fallas y errores; la situación con sus discriminaciones. Lo logrado, logrado está y no puede darse marcha atrás. Por ello las desigualdades deben mantenerse, en forma tal que no se afecten los logros alcanzados. De esta manera, el mundo libre podrá ser defendido de su posible destrucción o menoscabo. Por el bien de este mundo, no deberá crecer más, manteniéndose al mismo tiempo lo alcanzado. Por el bien mismo de la humanidad, la sociedad de consumo debe ser limitada, limitando sus consumidores. La contaminación que esta sociedad ha originado, incapaz de asimilar sus propios desperdicios, debe ser ya evitada, impidiendo que pueblos que no han entrado en la industrialización se incorporen a ella y la amplíen. Acaso la industrialización sucia, pero no más. El hambre debe ser evitada, pero no la capacidad de devorar de unos cuantos hombres sino el número de los que han de ser alimentados. Es en este sentido que se plantearán economías que se supone evitarán la posible catástrofe. Instituciones bancarias, de supuesta ayuda para el desarrollo, se encargarán de mantener la situación que se supone ha de satisfacer por igual los intereses de pueblos desarrollados y subdesarrollados. Y, como necesario, el mantenimiento de fuerzas represivas sobre el llamado Tercer Mundo, las cuales se encargarán de mantener el orden propio de una sociedad para la cual la historia como progreso ha terminado.

La historia de la América Latina es, precisamente, la historia en la que con mayor claridad se hace expresa la incompatibilidad entre proyectos históricos que deberían ser compatibles. Esta América sometida a dependencia desde el momento de su descubrimiento, rota esta dependencia inspirándose en el ejemplo de la Revolución estadounidense, haciendo suyas las banderas de la Revolución Francesa y las instituciones liberal-democráticas de Inglaterra, se verá obligada a aceptar nuevas formas de dependencia, formas que supone le van a permitir igualarse a los modelos que le sirven de inspiración. "Ser como los Estados Unidos", "Ser como Inglaterra y Francia", se propone la generación latinoamericana que sigue a la de los libertadores. Pero ser como ellos negándose a sí mismos en lo que tiene el pasado de servil e impuesto por el coloniaje ibero, e igualarse a las potencias, campeonas de la libertad y la democracia. De acuerdo con esta idea se habla de desarrollarse, en relación con tal preocupación. Preocupación por el desarrollo que implica la conciencia del subdesarrollo. El subdesarrollo en relación con la idea de lo que se alcanza. Esto es, conciencia de la propia desigualdad frente a lo que otros pueblos han alcanzado. Pero los posibles logros, aquello que se quiere alcanzar, resulta por ello, extraño, ajeno a los individuos y pueblos que lo anhelan. Lo que se quiere resulta así extraño a la realidad propia. Realidad que por ello ha de ser negada y de ser posible anulada. De aquí se deriva una especial interpretación de la historia, una filosofía de la misma, que parecía ser propia de la América Latina pero que está resultando serlo también, de los pueblos del llamado Tercer Mundo.

El filósofo latinoamericano por adopción, José Gaos, resumía esta interpretación de la historia latinoamericana como el "esfuerzo por deshacerse del pasado y rehacerse según un presente extraño". Interpretación de la historia que estará en las antípodas de la filosofía de la historia europea u occidental. Es lo contrario del *Aufhebung* hegeliano que asume, conserva o devora el pasado haciendo de él instrumento del futuro en una lógica dialéctica que culmina en la idea del progreso: del progreso como meta al infinito. El latinoamericano, por el contrario, nada quiere saber de un pasado al que considera le ha puesto al margen de la historia, de la historia propia del mundo occidental. Nada se quiere con un pasado que es la negación del futuro al que aspira. Este pasado, lejos de servir al futuro a que se aspira, lo impide. Pero ello deber ser negado, pero no dialécticamente mediante su asunción, sino como algo que jamás debió haber existido. El presente no era sino expresión de un pasado servil. El pasado del que hablará el Libertador, Simón Bolívar. El pasado que debe ser enterrado para levantar sobre él el futuro que se anhela y que nada tiene que ver con él. En este pasado está la única realidad que se posee, una realidad servil, pero de la cual habrá que partir, tal y como lo hacía la filosofía de la historia europea, haciendo de la relación amo-esclavo el punto de partida de la liberación del hombre negando al primero, pero dialécticamente, convirtiéndolo en instrumento para el logro de la libertad anhelada. Por el contrario, el latinoamericano se empeñará en *enterrar* este su pasado, lo que es y lo que ha sido, tratando de ser distinto de él.

El poder ser como los Estados Unidos como Inglaterra o Francia, implicará el dejar de ser lo que el latinoamericano ha llegado a ser como resultado después de tres siglos de coloniaje, el coloniaje ibero. Se pretende enterrar la vieja realidad bajo una realidad que nada tenga que ver con ella. Esto es, yuxtaposición en lugar de la asimilación, en lugar del *Aufhebung* que da sentido a la historia del mundo occidental. Yuxtaposición intentada por la misma conquista y el coloniaje europeos, tanto ibero como moderno, impuestos a la América.

Yuxtaposición que le viene al latinoamericano de la forma como se intentó la conquista y dominación de esta América. Europa, el Mundo Occidental, que se realizó dentro de una historia dialéctica, de asimilación de sus propias experiencias haciendo del pasado instrumento de su futuro, pasando dialécticamente del despotismo oriental, a la democracia elitista griega y de aquí al cristianismo igualitario por concluir en la democracia propia de hombres libres expresada en las revoluciones en los Estados Unidos y Francia, nada querrán saber de asimilar lo propio de los pueblos y hombres con los cuales se han encontrado en su expansión. Allende Europa no es ya la Grecia asimilando el mundo bárbaro que le rodea, ni Roma creando panteones en los que todos los dioses y culturas pueden encontrar acomodo. La conquista y expansión de Europa más allá de sí misma, nada quiere saber de pueblos y culturas que considera diabólicas o bárbaras. El cristiano no puede confundirse o mezclarse con lo diabólico, ni la civilización con la barbarie. Por ello los conquistadores españoles tratarán de enterrar las culturas indígenas con las que se encuentran, y los civilizadores occidentales evitar cualquier contaminación con la barbarie. Lo propio de los hombres encontrados y sus culturas, deberá ser enterrado y sobre lo enterrado levantar el mundo cristiano o el mundo civilizado que nada tengan que ver con lo que ha sido su negación. Yuxtaponer, no asimilar, otra idea de la historia que no es ya la historia propia de Europa. El latinoamericano, al liberarse del dominio ibero, no hará sino mantener esta preocupación. Insistirá, ahora, en enterrar el largo pasado impuesto por la conquista y la colonización. Yuxtaponer a lo yuxtapuesto, una cultura en cuyo hacer no ha participado, ocultar el propio pasado en un presente que no es ya el propio. Semejarse a las grandes naciones del mundo occidental será dejar de ser lo que hasta ahora se ha sido. Mantener la negación del viejo pasado indígena, pero también la del coloniaje impuesto a este pasado, para así adoptar, hacer propia, una cultura, un modo de vivir y ver el mundo que hasta entonces le era extraño, pero un mundo que ha alcanzado los máximos logros a que parece llegar la humanidad. Por ello la nueva yuxtaposición implicaría, a su vez, la *libre* adopción de una dependencia para que entierre pasadas independencias. Pero no siendo propias las expresiones culturales y sociales de los modelos propuestos habrá, entonces, que adoptarlas, aprendiendo para su adopción de sus creadores; había así que improvisar asimilando la enseñanza de los mismos.

¿Quién podrá hacer por esta América —preguntan— lo que ya ha sido hecho por Europa y los Estados Unidos? Sólo los hombres, contestan, que tienen experiencia, los que ya la han hecho por sus propias naciones. Por ello la generación latinoamericana que se propone el proyecto civilizador, en la segunda mitad del siglo XIX, propondrá una nueva yuxtaposición. Sobre el pasado primitivo, indígena, y la servidumbre impuesta por la colonización ibera habría de yuxtaponerse la civilización creada por los hombres y naciones que han concebido la historia como un progreso infinito. Tales hombres podrán hacer por la América ibera, lo que ya habían hecho por la del Norte. Lo mismo se proponían hacer por la legendaria Asia y la primitiva Africa. Hacer lo que ya habían hecho por Europa y por los Estados Unidos, lo hecho por el llamado Mundo Occidental. "¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y los Estados Unidos? —preguntaba el argentino Juan Bautista Alberdi— Traigámonos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí." "¿Son insuficientes nuestros capitales para esas empresas? Entregadlas entonces a capitales extranjeros. Dejad que los tesoros de fuera se domicilien en nuestros suelos. Rodead de inmunidad y de privilegios al tesoro extranjero, para que se naturalice entre nosotros." "No temáis encadenaros al orden y a la cultura." "No temáis enajenar el porvenir remoto de nuestra industria a la civilización, si hay riesgo de que la arrebaten la barbarie o la tiranía anteriores." Su compatriota, Domingo F. Sarmiento dirá a su vez "réstenos anticiparnos a la más vulgar de las objeciones que se oponen a la realización de estos sueños: sueños, sin embargo, que se realizan hoy a nuestra vista en los Estados Unidos". "Llamaos los Estados Unidos de la América del Sur, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes." Así, de esta forma y en relación con el proyecto igualitario, por el afán por semejarse a las grandes naciones del mundo occidental, los latinoamericanos aceptarán nuevas dependencias, intentarán nueva yuxtaposición, la que se sumará a la impuesta por la conquista y el coloniaje iberos.

Esta idea de la historia planteará, no sólo a la América Latina sino al resto de los pueblos del llamado Tercer Mundo, problemas que le serán característicos. Centralmente el problema de la asimilación de su propia historia, como un pasado que no se quisiera existiese, pero del cual habrá de partirse para romper la dependencia e igualarse con el mundo del cual han sido instrumento. Pero no ya igualarse en el sentido equívoco en que lo intentaron los civilizadores latinoamericanos del siglo XIX y que condujo a una nueva dependencia, sino igualarse en la libertad, esto es, decidiendo su propio destino. Ya sin dependencia impuesta o aceptada. Esta asimilación habrá de considerar la experiencia de la dependencia para que ésta no vuelva a repetirse. El sociólogo Joseph Gabel se refiere a esta necesidad que amplía a los pueblos de todo el Tercer Mundo: "La colo-

nización realizó —dice— una yuxtaposición mecánica y despersonalizante de elementos culturales de varios orígenes. Incumbe en adelante a los pueblos que recobran su independencia trascender esta yuxtaposición para concluir en una totalidad histórica concreta, en la que estos elementos no sean ni escotomizados ni convertidos en ídolos, sino superados e integrados dialécticamente, en el sentido de la *Aufhebung* hegeliana." De lo que se trata es de superar la dependencia asimilándola como ineludible experiencia para que no vuelva a repetirse. Incorporarse, integrarse, a partir de esta asimilación con el resto de los pueblos del Mundo, incluyendo el mundo occidental, pero en una relación que no sea ya la vertical de depedencia sino la horizontal de solidaridad.

Ha sido la conciencia de esta situación, la conciencia de las yuxtaposiciones impuestas o autoimpuestas, la que ha dado origen en América Latina a una interpretación de la historia que tratará, precisamente, de superar esas yuxtaposiciones para integrar su historia en conjunto a las historias que nutren la Historia plenamente universal. José Gaos hizo ya referencia a esta nueva interpretación de la historia: esfuerzos que apuntan, dijo "a una nueva filosofía de la historia hispanoamericana". En esta nueva actitud, agregó, "en vez de deshacerse del pasado, practicar con él una *Aufhebung*... y en vez de rehacerse según un presente extraño, rehacerse según el pasado y el presente más propios con vistas al más propio futuro". Sin embargo, esta postura, este intentar asimilar la historia, el de realizar con ella la *Aufhebung* hegeliana, ha sido vista por sus críticos, en especial por críticos que en los Estados Unidos hacen lo que llaman historia intelectual, como una expresión más de la dependencia de la inteligencia latinoamericana frente a la europea u occidental. Que tal implicaría el querer hacer con la historia de esta América lo que Hegel hizo de la europea.

¿Es justa esta apreciación? No, ya que en este caso lo que se adopta, es una actitud humana y como tal propia de cualquier hombre, y no se trata ya de adoptar, como se hizo hasta ahora, los frutos de tal actitud. La actitud que el europeo ha tomado frente a su historia, frente a su pasado, superarla, puede también ser tomada por hombres de estas partes de la tierra para superar así su propia y concreta historia. Para superar, precisamente, la relación de dependencia expresa en esta historia. Error, para la América Latina y otros pueblos al margen de Occidente, ha sido el pretender hacer propios frutos de una actitud que no ha sido, precisamente, tomada por ellos. Error ha sido el pretender imitar, repetir, los frutos de una cultura o civilización y no la actitud que las hizo posibles. La capacidad de absorción, de asimilación y aprendizaje de la historia no es exclusividad de la mente europea sino una actitud humana y por ello propia del hombre, de todo hombre. Además, el mundo occidental, tiene una ineludible experiencia que debe ser asimilada por los hombres y pueblos que sufrieron su impacto.

De aquí que el pretender hacer propias experiencias y actitudes de una cultura como la occidental y no ya los frutos de la misma, no implique nueva subordinación. De lo que se trata es de hacer de esas experiencias, de esa historia, parte de las experiencias y la historia de los pueblos al margen del mundo occidental. Esto es, de acabar precisamente con esa marginalidad haciendo del centro parte de la periferia. De lo que se trata, para los pueblos del llamado Tercer Mundo, es de asimilar y de no seguir siendo asimilados instrumentalmente. Tal sería el sentido último de una interpretación de la historia que cortaría el nudo gordiano de la interpretación occidental de la historia, la cual abriría brecha al callejón sin salida en que esa historia ha entrado. Salida al conflicto y crisis de una historia pensada como progreso infinito pero que, paradójicamente, se niega a aceptar la presencia de otros pueblos en este progreso. Interpretación que entra en crisis porque se niega a aceptar que el relevo, en esa marcha que se supone infinita, pueda quedar al alcance de otros hombres y pueblos, negándose con ello la dialéctica de la misma historia occidental, la *Aufhebung*, que queda frenada. El progreso, por el contrario, ha de ser continuado en sus múltiples posibilidades, siempre que las mismas no nieguen la esencia de su creador, del hombre. Progreso, pero como tarea común de todos los hombres y pueblos. Y en este sentido el proyecto libertario continuado, ampliado, hasta hacer también posible el proyecto igualitario. Realizar la afirmación de que todos los hombres, por ser hombres, son libres y por libres iguales entre sí.